

necesidades que padecian los cercados, según que habia dicho D. Francisco, y que así fuese Su Señoría al combate; y luego que amaneció se armó el gobernador Oñate y se fué á decir al virey se desviase de donde estaba porque no usaban de la artillería ni se atrevian, porque pasaban las pelotas por encima del peñol y iban á dar en su tienda, y el dia antes habia llevado una pelota un pedazo, y así se desvió el virey á otro lado mas seguro. Hecho esto apercibió toda la gente del ejército, así á los de á pié como á los de á caballo y indios amigos mexicanos, para acometer, dándoles el orden que habian de guardar, y que la artillería se jugase mas aprisa porque ya estaba desviado el virey y en seguro puesto; y estando todo á punto, temiendo los enemigos acudieron á fortalecerse; pero la artillería los ojeó y echó de allí, y luego Cristóbal pe Oñate animó á los soldados, diciendo: «Ea, leones de la Galicia, á ellos, Santiago;» con que arremetieron á ganarles la entrada, y les ganaron las cuatro albarradas con muerte de muchos enemigos, y como las iban ganando las iban acabando de derribar y allanando los indios mexicanos amigos, andando entre ellos los de á caballo alanceando y matando enemigos, con que los retiraron; y estando los enemigos en guarda de sus últimas albarradas, se disparó la artillería y mató á los que las guardaban; y viéndolo los soldados arremetieron y se las ganaron, y los primeros que entraron en el peñol fueron Juan Delgado, soldado que fué de Nuño de Guzman, de quien no quedaron herederos, y Alonso de la Vera, soldado del adelantado D. Pedro de Alvarado, y lo hicieron tan valerosamente estos dos, que resistieron toda la batería de los enemigos, llevando siempre la delantera hasta que entró el tropel de á pié y á caballo; y viendo los enemigos su daño, por no darse á prision se despeñaban por la parte por do el virey estaba, que daba lástima verlos, porque de esta suerte murieron mas de dos mil, y fueron cautivos mas de mil, y todos los demas huyeron, y los que se rindieron fueron mas de diez mil combatientes, con que no quedó ninguno, porque á todos los sacaron del peñol y pueblo de Nochistlan.

## CAPÍTULO XXXVIII.

En que se trata cómo el virey D. Antonio de Mendoza y el gobernador Cristóbal de Oñate fueron con el ejército al Mixton, y lo que sucedió en él luego que se desembarazó el ejército del peñol de Nochistlan.

Tuvo noticia el virey que los indios huidos, que se escaparon en gran número, se fueron á empeñolar al Mixton, por ser la fuerza mas inexpugnable que tenia toda la Nueva España, y allí se juntó toda la masa de la rebelion; y así salió con la mayor presteza que pudo de Nochistlan y fué á dormir á la villa vieja de Guadalajara, y otro dia caminó marchando con mucha orden por el puerto y montes de Nochistlan á Xuchipila; le halló despoblado porque todos los indios se habian huido y retirado al Mixton, que está enfrente del pueblo de Apozol; y habiendo corrido los soldados todas aquellas poblaciones, las hallaron yermas y supieron todos estaban encastillados con los otros, porque como supieron todos los indios la gran pujanza que el virey traia de soldados y indios amigos mexicanos, y los grandes castigos que hacian, y las fuerzas tan grandes que se habian ganado y arrasado, y lo sucedido en los peñoles de Nochistlan y Cuiná, porque todos estaban confederados para la guerra, se fueron al Mixton y se fortalecieron con doblados reparos: no era necesario hacerlo, porque según el nombre de Mixton, que en la lengua española quiere decir *gato*, era tal la fortaleza y peñol, que si no eran gatos nadie podia entrar ni subir á él, por las muchas rocas, peñas tajadas y peñascos terribles que tiene para su defensa, como lo fué al principio de su alzamiento cuando fué desbaratado el capitan Miguel de Ibarra y muerta la mitad de sus soldados, y Mota y Sorribas, oficial de hacer ballestas y á cuyo cargo estaba aderezar la alcabuceria, pareciéndoles á los enemigos que allí seria lo propio con el virey y su gente, aunque temerosos se fortalecieron con nuevos reparos de albarradas de piedras rodadizas, y llamaron mucha gente para su defensa, barruntando el daño que les podia venir. Y habiendo llegado el virey á Xuchipila



y visto la braveza de la gente y lo que pasaba, y que toda la tierra y alrededores estaban alzados con tanta multitud de enemigos empeñados en el Mixton, y ser el negocio de mucha consideracion, y que si se detenía había de crecer el número de los enemigos, mandó el virey hacer junta de guerra y que llamasen al gobernador Oñate y al capitán y sus soldados para que se hallasen presentes á tratar en lo que se debía hacer en el caso; y habiéndose juntado, habló el virey diciendo al gobernador y demás capitanes: «Señores, aquí hemos venido para que se concluya la pacificación de este alzamiento y revolucion, para que se pongan los medios eficaces para su fin, antes que á los enemigos se les aumenten las fuerzas y socorro, porque tengo noticia de que cada día se les aumenta la gente belicosa y restada; y pues el señor gobernador Cristóbal de Oñate y sus capitanes y soldados conocen la tierra, vean de adónde les vino el daño la primera vez, y allí pongan todo cuidado y recato, y sus reales y estancias, y al cargo del señor gobernador estará el disponer lo que convenga y ordenar el campo, que yo y mi gente acudirémos á lo que su merced ordenare.»

Acabada la junta marcharon desde el pueblo de Apozol para el Mixton, y llegados repartieron los reales por sus estancias, plantando la artillería enfrente de la mayor fuerza de los enemigos, y detras de ella en lo mejor del sitio las tiendas del virey; y estando puestos todos en muy buena orden, el gobernador Oñate dijo al virey: «V. S. ordene y mande;» á que respondió el virey: «Eso haré yo de muy buena voluntad, siendo de los primeros soldados en obedecer;» y entonces le dijo Oñate: «No queremos poner á V. S. en tanto peligro; V. S. se esté en su tienda sin hacer mudanza, alentando con su vista y presencia los ánimos de los soldados de su ejército para los combates, que esto conviene;» y luego fué á ver y poner su campo, y el virey se armó muy bien, y todos aquellos caballeros que con él estaban, á los cuales les dijo: «Aquí no hay mas que obedecer lo que se nos mande.» Ya que el gobernador Oñate tuvo puesto en orden todo el campo, como es costumbre en tales casos y buena milicia de guerra, y antes que llegase á rompimiento fué con toda la gente de á pié y á caballo á la tienda y real del virey, haciendo oficio de capitán general, y allí hizo reseña de ella, y todos iban muy lucidos y bien armados,

y por lista los fueron repartiendo por capitanes: serían hasta seiscientos españoles, y luego pasaron los soldados y indios amigos mexicanos con sus capitanes muy aderezados de plumería; y habiendo hecho esto y señalado la parte adonde habían de estar, mandó que cada capitán se fuese á su puesto. Estaban los enemigos viendo la reseña desde lo alto, y comenzaron á dar voces y grita, diciendo: «Ya se van los gallinas;» pero como vieron volver á los españoles á las estancias y reales, y ponerse en orden á pelear, hicieron ellos lo mismo. Luego salió el virey á caballo, y fué á los reales y alojamientos de los capitanes, y les dijo que se holgaba mucho de verlos tan aderezados y dispuestos para combatir aquella fuerza, y que en la ocasion peleasen con ánimo varonil, porque en esta victoria consistía la pérdida ó ganancia de toda la Nueva España, y que confiaba en Dios y en el esfuerzo y valentía de tan grandes hombres y valerosos capitanes y soldados, no la tendrían los enemigos, sino ellos, pues era en servicio de S. M., y que advirtiesen que allí iba la honra y convenia no hubiese descuido en cosa alguna, pues por fiarse los españoles del enemigo la primera vez fueron vencidos y muertos; y pues que tenían ya experiencia se guardasen y peleasen valerosamente como se esperaba de tales personas se vería, y que les apercibía estuviesen á punto para que otro día de mañana se diese el combate.

Descansaron aquel día y le gastaron en aderezarse, y luego al otro día por la mañana se juntó todo el campo en el real del virey y oyeron misa, la cual dijo D. Pedro Maraver, dean de Oajaca, que despues fué obispo del mismo Nuevo Reino de Galicia. Traía el virey en el ejército religiosos de las tres órdenes de Sto. Domingo, S. Agustín y S. Francisco, con los cuales tenía consejo de conciencia para hacer la guerra justificadamente. De la orden de S. Agustín iban Fr. Francisco de Villafuerte y Fr. Francisco de Salamanca, y de la de S. Francisco el P. Fr. Marcos de Niza, que es el que anduvo en lo del descubrimiento del valle de Cibola y Nuevo México. Despues de haber oído misa, los soldados se fueron á almorzar y el gobernador y virey subieron en sus caballos, y con los demás capitanes y soldados fueron á combatir á los enemigos, á los cuales el virey envió á requerir con la paz, diciendo que se bajasen, que él los perdonaba; á que respondieron no que



rian paz, que él y los españoles eran unos bellacos, que se fuesen, y dijeron otros desacatos: con todo eso les mandó requerir con la paz hasta tres veces, y viendo no querian, mandó á los soldados que les acometiesen, y dejándolo todo á cargo del gobernador Oñate, se fué á su tienda. Comenzaron á batir la fuerza tan recio y con tan gran tropel, que se entendió ganarla, y los enemigos la defendieron arrojando piedras, galgas y mucha flechería; y aunque la artillería bramaba, era imposible ganarles una punta de roca, ni dañarles como ellos hicieron á nuestros españoles y indios amigos mexicanos con las galgas y piedras que arrojaban, y hirieron á muchos, con que por aquel dia se dejó el combate, y no les pudieron ganar cosa. Curáronse los heridos, y otro dia después volvió el virey para enviar á requerirlos con la paz, á que le volvieron á responder que qué paz queria, que pues ellos estaban quietos en su tierra que á qué venian á ella, que ya sabian venian por quitársela, que se fuesen, que eran unos gallinas como gallinas, y que todas las que tenian se las habían acabado; y otras razones semejantes á estas.

Vista la respuesta, se mandó juntar mas la artillería para ver si con ella se podia hacer algun daño, y volvieron á acometerles y á quererlos desalojar, peleando valerosamente; y como la artillería se les acercó mas, hacia tan grande estrago en ellos que caian abajo hechos pedazos, con que murieron muchos; y visto el daño, los enemigos se retiraron á otro punto donde no pudieron entrarles, y viendo que era imposible ganarles aquella fuerza, procuróse tenerlos cercados y cogerlos por hambre, que por ser tanta cantidad era forzoso el tenerla, con que se irian los que habian venido de lejos; y así fué, que habiendo visto los dichos enemigos de lejos la tardanza que habia en el vencer á los españoles, se comenzaron á ir y los dejaron, porque los mas no venian á pelear sino á robar el campo si fuese vencido de ellos; y viendo los que quedaban en el Mixton que se les iban los que habian venido á ayudarles, despacharon mensajeros á los del Teul ó Tuich para que les dijese como no venian á probar su fuerza con los españoles como ellos hacian; y así que oyeron los del Tuich el recado salieron dos mil de ellos de guerra, gente valiente, y habiendo llegado al Mixton dijeron: «Aquí hemos venido á ver cómo peleais;» á que res-

pondieron: «No nos atrevemos á bajar á pelear, sino que desde aquí lo haremos.» Entonces los del Teul dijeron: «Eso no es pelear sino estar encaramados encima de vuestras peñas como gatos; agora veréis vosotros nuestro valor y quién somos, y cómo bajamos y lo que hacemos con estos que aquí os tienen encaramados.» Luego los dos mil indios del Teul muy galanes comenzaron á bajar por una ladera abajo todos en ala, y fueron dando vuelta y rodeando el real del virey, donde se entendió luego que era nueva gente aquella, y que segun venian podrian pelear, y por lo que sucediese se puso el campo en orden, y ya cerca de la tienda del virey salieron á ellos y se comenzó una escaramuza tan grande que puso al virey en harto aprieto, y viendo que no herian con la flechería y que las flechas iban por alto, prendieron al cacique y á otros muchos indios, y los que quedaron se subieron al Mixton y dijeron á los empeñados: «¿Qué haceis aquí encaramados? mirad si somos valientes;» y los que estaban en el peñol les preguntaron que adónde quedaba el cacique y demas de ellos, y ellos respondieron: «Allá se quedaron con el virey y con nuestro amo Juan Delgado.» Llevaron al cacique y á los demas al virey, los cuales dieron razon de la causa de su venida, y cómo habia sido á instancia y ruegos y importunaciones de los alzados, pidiéndoles favor, y que porque no lo querian hacer los llamaban cobardes, gallinas y mancebas de los españoles, y para que entendiesen que eran mas hombres que ellos que estaban allí guardando las peñas, habian bajado para hacer demostracion de quién eran y tentarse con los españoles, á los cuales tenian siempre por amigos, y que esto se echaria de ver pues no habian herido alguno, y que pues lo dicho era así, dijo el cacique que pedia al señor virey que no lo ahorcase sino que lo enviase á sacar oro. Esto dijo con tantas lágrimas, que el virey se compadeció de él, y por sus buenas razones le perdonó y envió á su pueblo con su gente, y mandó vestirle; y el cacique le dijo cómo se iba despoblando el Mixton, en el cual habia una entrada y callejon por donde se podia ganar, y luego se fué con su gente á su pueblo á poner en orden lo que allí habia quedado, porque con su tardanza no se alzasen.

Habia quince dias que tenian cercados los del peñol, y habiendo sabido por lo que dijo el cacique de la entrada que dió noticia el



cacique del Teul, mandó el virey que se batiese con la artillería y se subiese á ver aquella entrada, y entonces así se comenzó á batir por todas partes el Mixton, hiriendo y matando á los empeñados. Seria esto á medio dia cuando estaban todos cansados de pelear y bien calurosos del sol, pues fué forzoso dejar el combate con pocas esperanzas de ganar el peñol, y todos confusos se fueron á comer; y estando el virey en su tienda mandó llamar al gobernador Oñate y le dijo: «Maravillado estoy de ver cosa tan fuerte; no sé qué remedio demos para ganarlos y acabar esta empresa, porque se nos va el tiempo;» y Cristóbal de Oñate le respondió: «Señor, la porfía mata la caza, y la hambre los ha de hacer darse; no dejarlos, que de esta victoria depende la paz que se ha de conseguir, ó la guerra que se ha de continuar, y así V. S. no muestre flaqueza ni quiera aflojar, porque yo de mi parte no lo dejaré hasta morir ó vencer;» y estando hablando esto los dos, un mancebo llamado Juan del Camino, sobrino del capitán Juan del Camino, fué á dar agua á su caballo por aquella parte adonde los indios del Teul habían dicho habia la entrada, y así que hubo bebido el caballo, estuvo mirando por dónde era, y vió en lo alto del Mixton un hombre en un caballo blanco con una banderilla en la mano y cruz roja, el cual le dijo: «Por ahí es la entrada, soldado;» y el Juan del Camino subió por un callejon, que habiendo llegado junto al del caballo blanco, le dijo: «Llano está esto, arremetamos á los enemigos de Dios: Santiago y los ángeles sean con nosotros;» y arremetieron á ellos. Habíase ido Romero á caballo tras de Juan del Camino á ver dónde iba, y como no le halló fué por el rastro, y entrando por el callejon subió á lo alto del Mixton y vió á los dos matando y hiriendo á los enemigos como leones, lo cual visto por Romero, y la matanza que hacian el del caballo blanco y Juan del Camino, se metió entre ellos peleando y haciendo lo propio.

En esta ocasion estaba el virey comiendo y todo el ejército, y oyeron el tropel y gran ruido que habia en lo alto, y viendo que los enemigos se despeñaban, se armaron todos y fueron á ver lo que era; y habiendo subido arremetieron los de á pié y á caballo y fueron á buscar la entrada, y el del caballo blanco les dijo: «Por ahí, soldados;» y entraron todos y vencieron á los que es-

taban en el Mixton, y el caballero del caballo blanco se metió en la tropa de los que andaban á caballo y no le vieron mas. Murieron en lo alto mas de dos mil indios, y se despeñaron casi otros tantos entre chicos y grandes y mujeres, y cautivaron mas de tres mil, y se pusieron en huida mas de diez mil, y estos fueron los que habitaban por aquellas barrancas, que habian ido más á robar que á pelear, si acaso alcanzaban victoria contra los españoles. Conseguida ya esta tan milagrosa victoria, el virey mandó recoger el campo, y no faltó de él ningun indio ni español, y luego preguntó el virey cómo habia sucedido, y habiéndole contado el caso Juan del Camino, mandó luego se supiese qué caballero de los que venian allí en caballos blancos hubiese sido el que tan valiente peleó, y habiéndolos llamado á todos, dijeron que no estaba con ellos, y que ninguno subió allá hasta que fueron todos; y entonces Juan del Camino dijo que era tan esforzado y valiente aquel caballero en cuya compañía peleó, que de un golpe que daba entre los enemigos caian tantos que era admiracion, y lo mismo dijo Cristóbal Romero, y que despues que subió toda la gente nunca mas le vió ni reparó en ello porque entendió era uno de los del campo; que solo imaginó si era el Sr. Santiago por haberle señalado la entrada con la bandera y cruz, y que en el acometer ambos á tanto enemigo y derribar y matar tanta infinidad de ellos conoció ser obra de Dios. Oido el caso por el virey, y habiéndose averiguado ser el Sr. Santiago, mandó juntar todo el campo, y con todos los sacerdotes que allí habia se hizo una procesion muy solemne cantando alabanzas á Dios y el *Te Deum laudamus*, la cual acabada, pusieron á buen recaudo los esclavos y cautivos, así grandes como niños y mujeres, y aquella noche hubo velas y guarda, y fueron tantos los gemidos de los despeñados que no acababan de morir, que otro dia de mañana fueron los indios mexicanos y tlaxcaltecas y los acabaron. Quedaron aquellas peñas y riscos corriendo sangre, y los españoles pusieron por nombre al Mixton, Santiago, y el venerable Fr. Antonio de Segovia, apóstol de estos indios, hizo en él una capilla de la advocacion del glorioso apóstol, y con el tiempo se cayó, y el Mixton se quedó con el nombre antiguo que tenia, sin que se continuase á llamarle Santiago. Estando en esto tuvo nueva el virey que mucha gente de la que